
Américo Castro y la Generación del 14

«La convivencia consiste en existir colectivamente en el plano de lo hecho mutuamente posible»

AMÉRICO CASTRO

Para mi hijo Adolfo

Creo que fue un pedagogo institucionista, Lorenzo Luzuriaga, quien en la revista argentina *Realidad* (1947) propuso, a propósito de una reseña de la edición de las *Obras Completas* de Ortega, la denominación de «Generación del 14» para designar a la generación de Ortega y Gasset. Posteriormente, la etiqueta se ha generalizado en los estudios de historia de la literatura y el pensamiento español. Laín, Marías, Marichal, Tuñón, y Mainer han utilizado la denominación para referirse a un grupo de escritores que va desde Ortega y Azaña hasta Araquistain y Fernando de los Ríos, o desde Marañón y Onís a Juan Ramón Jiménez y Pérez de Ayala. En este grupo generacional se suelen instalar las referencias a Américo Castro.

Ciertamente —y de ello tratan las líneas que siguen— la labor intelectual de Castro anterior a la guerra civil, y que pivota —en su condición de especialista universitario— en torno a *El pensamiento de Cervantes* (1925) se puede inscribir fácilmente en la órbita intelectual de reformismo liberal que impulsó el 14. Con posterioridad a 1936 se produce un giro, una «conversión», que aunque responde a una misma tradición y herencia cultural, supone otro enfoque metodológico francamente diferente. Dejando a un lado la etapa que culmina en el buceo del pasado peninsular de *España en su historia* (1946) primero, y de *La realidad histórica de España* (1954) después, y echando mano del amplio abanico de colaboraciones de don Américo en la prensa diaria (*El Sol*, especialmente) y en las revistas de antes de la guerra civil señalaremos algunos rasgos que configuran más y mejor la que el profesor Marichal llamó «la primera generación intelectual española *deliberadamente política*»¹.

I

De vuelta a España en 1908, tras el período de tres años en que permaneció en la Sorbona ampliando sus iniciales estudios granadinos de Filosofía y Letras, el joven Américo Castro se instala en Madrid y entra en contacto con la Institución Libre de Enseñanza —sobre todo con don Francisco Giner y don Manuel B. Cossío—, con

¹ J. MARICHAL: «La vocación de Manuel Azaña», Madrid, *Cuadernos para el diálogo*, 1971; pág. 69.

don Ramón Menéndez Pidal —que le confiará en 1910 la dirección de Lexicografía del recién fundado, durante el ministerio Romanones, Centro de Estudios Históricos— y con don José Ortega y Gasset, entre otros.

Reviste particular importancia esta última relación. Por esos mismos días, Ortega regresaba de Alemania tras su brillante etapa de formación y sus colaboraciones en *El Imparcial* y en la revista *Faro* —que nace el 23 de febrero de 1908— hablan de un nuevo afán liberal, de un nuevo regeneracionismo, en el que «no se trata de crear el marco educativo desde el cual puedan emerger las fuerzas de un nuevo liberalismo, sino de intervenir a un nivel superior, reuniendo a los capaces de forjar núcleos científicos y a los individuos que se encuentran en condiciones de sumarse a la renovación. De la escuela el acento se desplaza a la Universidad y al periódico»², y de un fundamental europeísmo. Este fundamental europeísmo es elemento que vincula las primeras luces de la generación del 14, y en particular la relación Ortega-Castro, además de constituirse en eje del pensamiento de don Américo antes de 1936.

El programa de europeización había sido invocado en los años finales del XIX y en los primeros de este siglo por las grandes figuras de la Institución Libre; por don Joaquín Costa, verdadero divulgador del término en el sentido de fórmula de regeneración de España, y ello explica que Ortega, en la conferencia que pronunció en la sociedad «El Sitio», de Bilbao, el 12 de marzo de 1910, tras afirmar que España es un problema político:

«Este problema es, como digo, el de transformar la realidad social circundante. Al instrumento para producir esa transformación llamamos política. El español *necesita*, pues, ser, antes que nada, político»³.

señale que, para regenerar políticamente España, sólo hay un camino, inaugurado precisamente por Costa:

«La palabra *regeneración* no vino sola a la conciencia española: apenas se comienza a hablar de regeneración, se empieza a hablar de *europeización*. Uniendo fuertemente ambas palabras, don Joaquín Costa labró para siempre el escudo de aquellas esperanzas peninsulares (...).

Regeneración es inseparable de europeización; por eso apenas se sintió la emoción reconstitutiva, la angustia, la vergüenza, el anhelo, se pensó la idea europeizadora. Regeneración es el deseo; europeización es el medio de satisfacerlo. Verdaderamente se vio claro desde un principio que España era el problema y Europa la solución»⁴.

² A. ELORZA: *La razón y la sombra. Una lectura política de Ortega y Gasset*. Barcelona, Anagrama, 1984; págs. 23-24. Mientras redactaba este trabajo he podido leer dos recientes asedios sobre el joven Ortega. Se trata de J. C. MAINE: «Ortega: primeras armas (1902-1914)», en el colectivo *La España de la Restauración: política, economía, legislación y cultura* (ed. de J. L. García Delgado). Madrid, Siglo XXI, 1985; págs. 437-468; y F. SALMERÓN: «El socialismo del joven Ortega», en el colectivo *José Ortega y Gasset*. México, Fondo de Cultura Económica, 1984; págs. 111-193.

³ J. ORTEGA Y GASSET: «La pedagogía social como programa político». Cito por *Discursos políticos*. Madrid, Alianza, 1974; pág. 45.

⁴ J. ORTEGA Y GASSET: «La pedagogía social como programa político», *Discursos políticos, ob. cit.*; pág. 62. Aunque Ortega diga, en esta conferencia y en otros trabajos, que se empezó a hablar de regeneración y europeización a la altura del 98, parece hoy meridianamente claro que tanto krausistas o figuras como José del Perojo —agudamente comparado con Ortega por el profesor López Morillas— hablan de

También había sido alegado el programa de europeización, en la coyuntura finisecular, por el joven Unamuno —el de los cinco ensayos de *La España Moderna*⁵ y por la labor periodística de Clarín, sobre todo desde las páginas de *La Publicidad* (las pruebas documentales son abrumadoras desde la obra del profesor Lissorgues); Clarín, que era recordado por Américo Castro como uno de los intelectuales que agitaban la conciencia colectiva hacia 1900⁶, escribía en 1896, con un tono de inequívoco paralelo unamuniano, y en referencia al programa europeizador:

«Venga el aire de todas partes; abramos las ventanas a los cuatro *vientos del espíritu*, no temamos que ellos puedan traernos la peste, porque la descomposición está en casa»⁷.

Es decir, el cadáver, el problema, está dentro; y la solución pasa necesariamente por abrir las ventanas a las corrientes ultrapirenaicas. Giner, Costa, Clarín, Unamuno y Ortega tienen un hilo conductor común en lo que atañe al europeísmo. A él se viene a sumar Castro, que sintéticamente recordaba en 1918 la labor de Costa —casi con idéntica formulación a la empleada por Ortega en 1910:

«El programa de Costa era doble; de una parte, fue él quien lanzó la palabra *europeización*; pero, fundamentalmente, a él se debe la fórmula «despensa y escuela»: el pueblo español está depauperado físicamente y padece tremenda ignorancia»⁸.

e incidía en valorar la crítica de las causas de nuestro decaimiento llevada a cabo por Giner o por el joven Unamuno.

Ahora bien, el vocero del europeísmo en los meses finales de la primera década de siglo —cuando se inician los días madrileños de don Américo— es, sin duda, Ortega. El joven pontífice utiliza el artículo periodístico y la conferencia para exponer el credo europeísta, no sólo como credo cultural, sino —y ello es lo importante— como actitud cívica y política, que va a ser compartida por otros intelectuales del 14 y, en especial, por Castro. Ortega, en el deber que es el «nuevo liberalismo», define el «problema nacional» regeneracionista desde una perspectiva europea:

«No solicitemos más que esto: clávese sobre España el punto de vista europeo (...)

regeneración y de su instrumento, la europeización, en la coyuntura del sexenio revolucionario o en los primeros años de la Restauración, tiempo de la primera etapa de la fascinante *Revista Contemporánea* fundada y dirigida por Perojo. La misma polémica sobre la ciencia española guarda un evidente sustrato de debate en torno a la europeización. Y esto sin traspasar los lindes de la historia inmediata de los intelectuales del 14.

⁵ A la altura de 1910 Unamuno quiere aparecer como «africanizador» (precisamente tal postura colea en el fondo de la polémica que permitirá la primera intervención pública del joven profesor Castro) y de ahí que Ortega, en la conferencia a la que venimos aludiendo, diga, no sin cierta ironía: «Un gran bilbaíno, don Miguel de Unamuno, ignoro cómo se las arregla, que aunque se nos presente como africanizador es, quiera o no, por el poder de su espíritu y su densa religiosidad cultural, uno de los directores de nuestros afanes europeos.» (J. ORTEGA Y GASSET: *Discursos políticos*, ob. cit.; pág. 62.)

⁶ Puede verse la referencia de Castro en su artículo de 1919, «El movimiento científico en la España actual (1918)», en A. CASTRO: *De la España que aún no conocía*, tomo II. México, Finisterre, 1972; pág. 97.

⁷ CLARÍN: «Lecturas (Proyecto)». *Crítica popular*. Valencia. Imp. de F. Vives, Biblioteca de vulgarización literaria, 1896; pág. 11.

⁸ A. CASTRO: «El movimiento científico en la España actual». *De la España que aún no conocía*, ob. cit.; págs. 96-97.

España es una posibilidad europea.
Sólo mirada desde Europa es posible España»⁹.

Y la vieja postulación krausista de un ideal moral y de un ideal de cultura necesarios para España se ensancha ahora, en los escritos del joven Ortega, en un ideal político: la reforma liberal. Reforma liberal que exige, por patriotismo, que España participe en Europa. La España cuya generación postula el 14 debe ser europea:

«Mi liberalismo lo exige: me importa más Europa que España, y España sólo me importa si integra espiritualmente Europa»¹⁰.

En este contexto, en el que se afirma continuamente la idea de Europa como enclave desde el que admirar el problema de España y como único medio de dar salida al sinsentido de la vida nacional, se produce la primera, e indirecta, intervención pública del joven profesor de filología que acababa de llegar de la Sorbona. Primera intervención que marca el punto inaugural de la vertiente europeísta no solamente de su trabajo académico, sino de su pensamiento político. Dualidad que encuentra explicación en un primer extremo en la redacción de *El pensamiento de Cervantes* (1925), como culminación de su tendencia «a comprender la cultura y el pasado español, en base a criterios europeos genéricos»¹¹, y en un segundo extremo, en la participación en la vida nacional a través del artículo periodístico, desembocando en la amplia labor —más de cuarenta artículos— que ven la luz en *El Sol* entre 1932 y el inicio de la guerra civil.

Volvamos a 1909. Polemizan Unamuno y Ortega a propósito de la europeización: Unamuno ha mostrado desde las páginas de *ABC* su indignación ante la preferencia de los jóvenes estudiosos de filología castellana por los profesores extranjeros, teniendo en el suelo peninsular a un gran maestro como Menéndez Pidal; Ortega contesta en un resonante artículo, «Unamuno y Europa, fábula», que ve la luz el 27 de septiembre en *El Imparcial*, y en él, fingiendo estupor e impotencia ante la invocación unamuniana del nombre de Menéndez Pidal frente a los europeizantes, transcribe como respuesta convincente unas cuartillas que acaba de recibir de mano de Américo Castro. Contienen estas cuartillas, como el propio Ortega afirma, observaciones técnicas e informan de las más destacadas contribuciones de los hispanistas europeos, órbita en la cual conviene, a juicio de Castro, colocar la labor de Menéndez Pidal:

«A este inmenso trabajo, labor de treinta años, y a tanto nombre benemérito, podemos incorporar para honra nuestra el preclarísimo del señor Menéndez Pidal, más conocido en el extranjero que aquí —dudo que hayan leído el «Cantar del Mío Cid» más de veinte españoles— y cuya iniciación en la ciencia de la filología española la debió a haber aplicado en sus investigaciones el riguroso método que fuera de aquí se seguía en esta clase de estudios»¹².

⁹ J. ORTEGA Y GASSET: «España como posibilidad» (*Europa*, 27-III-1910). *Obras completas*, t. I. Madrid, Revista de Occidente-Alianza, 1983; pág. 138.

¹⁰ J. ORTEGA Y GASSET: «La conservación de la cultura» (*Faro*, 8-III-1908). *O. C.*, t. X, *ob. cit.*; 45.

¹¹ G. ARAYA: *El pensamiento de Américo Castro (Estructura intercastiza de la historia de España)*. Madrid, Alianza, 1983; pág. 32.

¹² J. ORTEGA Y GASSET: «Unamuno y Europa, fábula» (*El Imparcial*, 27-IX-1909). *O. C.*, t. I, *ob. cit.*; pág. 131.